

inspiran más deseo que el de aprisionarles y guardarles cautivos; mientras que el canto se eleva como un serafín á los cielos y despierta en la mejor porción de nuestro yo, la necesidad de ascender á él.»

Solo que ni los cantos de Beethoven suelen ser alegres—como no lo es nuestro espíritu moderno—ni podría hoy sustentarse la teoría goethiana en punto á la relación que debe existir entre el canto y el acompañamiento.



## Notas de turista

### I

#### DESDE LA COSTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Codo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A medio kilómetro de mi *chalet*, el Nalón vierte sus aguas en el mar, acumulando día tras día las arenas de su lecho sobre la barra, que la baja marea recubre con una cinta anchísima de blanca espuma. A la derecha, los mismos arrastres del río han formado playa, desigual y revuelta á trechos, pero aún así, excelente para baño. Su dorado piso, que brilla al sol, aparece manchado aquí y allá, por la carbonilla con que van ennegreciendo el río los cotos mineros de los valles altos. A la izquierda, la costa es bravía: acantilada en unos puntos, pedregosa en otros, y llena de escollos que, á ciertas horas, emergen sus aristas del agua azul, verde, gris, negra ó enrojecida por el sol poniente. El arte de los hombres ha comenzado á levantar, al comienzo de esa ribera, un murallón gigantesco, que cubrirá la ría de los mares del NO, y desplazará la barra del sitio que hoy ocupa, ensanchando el canal para que penetren con holgura los barcos de gran porte. A bloque perdido,—bloques de muchas toneladas, que los flotadores lanzan en pleamar,—han ido ganándose



metros al Cantábrico, preparando y haciendo posibles los rellenos de hormigón y de obra de cantería. A un lado y otro, más bloques forman escollera, contra la cual viene á estrellarse la marejada, levantando surtidores de espuma que se disuelven en lluvia finísima.

Allí paso yo muchos de mis ocios veraniegos, absorto unas veces en la contemplación del agua, siempre movida, siempre nueva en colores, en ruidos, en forma de agitación; considerando, otras veces, los afanes de la legión de obreros; el ir y venir de las vagonetas, los manotazos monstruosos de las grúas, y pensando en lo efímero de las obras humanas, en las gigantescas labores de fenicios, griegos y romanos que hoy cubre de nuevo el mar con sus olas ó con sus arenas. Allí he descubierto paisajes y bellezas que no suele ver la masa de los espectadores, y ante los cuales he sentido algunos de los más intensos y originales goces de mi alma.

Este Cantábrico, tormentoso y nublado, tiene días de una apacible calma, en que sus aguas transparentes me recuerdan el suave y claro mar levantino de mi niñez. Descúbrese entonces el fondo de la escollera, como si la rodeasen cristales, y un mundo nuevo aparece ante mis ojos, la rica fecundidad de las aguas saladas ha hecho nacer bosques apretados de algas multicolores, de que apenas sirven para darnos una idea pálida los destroza los restos que las olas arrojan á la orilla y que el sol seca pronto y confunde en una mancha uniforme, negruzca. Las algas, vivas, arraigadas sobre el cemento y las rocas, no son menos movidas y rientes que los árboles de la tierra. El ir y venir incesante del agua, hace para ellas oficio de viento, y á su compás bullen las jabonosas cintas de las que llaman «correas» los pescadores, enormes zurriagos de color de miel, cuya agitación recuerda la de los brazos contráctiles de los pulpos. Más humildes, lucen otras especies sus tonos de verde esmeralda, en hojas retor-

cidas, que semejan á las del cardo; y junto á ellas crecen finísimos tallos de coralino aspecto, adornados con hojitas de un carmesí obscuro. Y por entre esos bosques que no ceden en riqueza de colorido á nuestros bosques terrestres en época otoñal, veo pasearse, bullidora, inquieta, la extraña fauna marina, con sus reflejos deslumbradores de plata y oro.

Con la afanosa curiosidad con que el niño ó el sabio contemplan un hormiguero, me extasio yo contemplando la agitación incesante de algunos peces, el bogar majestuoso y sereno de otros. A lo lejos, veo pasar el disco brillante de un sargo que camina hacia la orilla, y poco después viene á jugar entre las correas una legión de sonrosados «panchos» ó de «muiles», cuyo lomo casi negro se trueca en blanquísima escama en el vientre. De pronto, surge, del agujero sombrío que dejaron entre sí dos bloques, la masa imponente de un congrio cuya enorme cabeza, erguida unas veces, buzadora otras, hace pensar en los monstruos de las leyendas griegas. Y todo aquel mundo de animales y plantas, vive y se agita sin ruido, como símbolo de la serenidad clásica con que soñamos los infelices habitantes de las atormentadas y rumorosas ciudades modernas. No es ya el ambiente de la campiña, que funde y dulcifica todos los ruidos, quitándoles acritud y haciéndolos armoniosos y halagadores para el oído humano, sino el silencio absoluto en medio de la agitación, que la mar tranquila de la marea baja no perturba con choques contra la orilla.

Seducido por aquel silencioso vivir, pierdo la noción del tiempo, dejo vagar libre la imaginación, sin pensar en nada determinadamente; y también mi vida parece fluir en ondas calladas, fugitivas, que se pierden poco á poco en la inmensidad azulada de alta mar, en lenta absorción exenta de dolor y de agonia. Por inconsciente sugestión de los cuentos de hadas, deseo



convertirme en pez y ahondar en el misterio de las aguas profundas, cruzando nuevos bosques de algas, conociendo infinitas especies de animales, de formas caprichosas, de variadísimos colores; y vuelve á mi el inocente anhelo que tantas veces sentí siendo niño, de que el mar se seque de pronto, mostrándome los secretos de su lecho accidentado, sus montañas, sus valles y sus precipicios horribles, en que se agitan tantos seres quiméricos, antecesores de los que pueblan la tierra. Comprendo entonces la pesca como placer. La red ó el anzuelo no se hunden en las aguas oscuras por el afán del lucro ni por la cruel satisfacción del triunfo de la presa, sinó por la voluptuosidad inefable de lo misterioso, de lo desconocido que se agita allá abajo y que poco después saltará, brillador, sacudido por los estremecimientos del miedo, del dolor y de la muerte, sobre la cubierta de la lancha ó en suelo de la ribera, alumbrado por el sol rojizo, padre también de la vida...

Otras veces, buscando mayor aislamiento para que me penetre más y más la naturaleza y despierte en mi sensaciones nuevas, imposibles en la sociedad de los hombres, me aventuro en las hoquedades de las rocas que avanzan sobre el mar. Hay una enorme, á manera de península, que desde lejos parece inabordable, pero que encierra en su interior, por el lado que empleamar azotan las olas, profundos recodos, desfiladeros sombríos, pozos de agua cristalina, en que nadan camarones gigantescos, y ensenadas diminutas, cubiertas de algas. Allí está el paraíso de las actinias, que, asidas á la roca, hacen ondular sus cabelleras verdes, violáceas, amarillentas, ó abren sus pompones rojos, azules y blancos, semejantes á claveles andaluces, junto á los erizos negros, rosados y blanquecinos.

Uno por uno, voy recorriendo aquellos rincones, go-

zándome en su bravía soledad, admirando la esplendidez con que los decoran animales y plantas con que el visitante distraído ó el pescador codicioso desprecian, pero que, en su pequeñez, llevan tesoros de color, de líneas y de movimientos, patrimonio suyo exclusivo. Cuando allí estoy, no me importa el conjunto; no miro hacia el mar, cuya dilatada llanura avanza leguas y leguas hacia el Noroeste; no busco en su horizonte la mancha brillante de las velas, ni el humo negruzco de los vapores que cruzan. Miro á mis piés, á mi alrededor, el mundo humilde y escondido de las rocas, silencioso también como el de la escollera; y aguardo lo imprevisto que nunca falta y que hace estremecer en mi espíritu los estratos profundos del hombre, prehistórico, para quien la Naturaleza tenía á cada paso sorpresas recibidas con infantil estupor, no exento de temores y zozobras.

Lo imprevisto llega, en forma de una tribu de peces purpúreos, que se interna, flaneando, por entre los senos que las rocas abren al agua; de un pulpo aventurero, que nada con sus tentáculos recogidos á manera de cola; de un centollo picudo y rojizo, que sube tentando la piedra con sus enormes tenazas, indeciso, vigilante, pronto á dejarse caer al fondo; de una lubina azulada, que parece husmear entre los ramos de las algas oscilantes... Cada nueva aparición es una nueva alegría, un placer nuevo. La vida natural me rodea, me subyuga... Por algún tiempo, me olvido de los hombres, me considero como solo en el mundo, y las amarguras del trato social se funden en mí y son arrastradas por la corriente sedante y adormecedora de las sensaciones tranquilas, que se suceden sin esfuerzo en el abandono absoluto de mi alma al ritmo de las cosas.



## II

## ALREDEDOR DE MI «ESGUILERO»

La primera impresión que se siente al ver la costa en las grandes bajamares, es sumamente ingrata. El enorme campo que las aguas dejan al descubierto, tiene un aire de desolación que hace desear la vuelta de la marea. Los escollos yerguen su osamenta pulida, negruzca, atormentada; el suelo rocoso parece sembrado de desperdicios: pedazos de algas, conchas rotas ó vacías, cuajarones morados y verdosos de actinias inertes; y los espacios llenos de piedras sueltas, que el sol seca con rapidez, recuerdan, con su tono blanco, los osarios de las aldeas, que emerjen de la tierra removida. Si no hace viento, el mar próximo á la costa y los grandes remansos que quedan entre las rocas altas, permanecen inmóviles, como las aguas estancadas; y hay que mirar lejos para ver nuevamente el color azul ó verdoso y la espuma blanca del mar libre.

Pero esa impresión es puramente relativa y, además, engañosa. La vida sigue bullendo en los remansos, en los «pozos», donde quiera que ha quedado una pulgada de agua. La línea de la marea es, por otra parte, indecisa. Si os acercáis á ella, vereis cómo ondula, cómo avanza y retrocede con suave ruido, tornando en oscuro el color de la gravilla blanqueada por el sol y animando cuanto toca. A su contacto, una actinia, que cerrada parece una bolsa de goma veteada de rojo y siena, abre lentamente su hermoso clavel granate, cuyos pétalos filiformes se agitan continuamente. A la menor excitación exterior, todo el mundo marino de los pozos se anima, y reproduce en pequeño la vida in-

mensa del océano. Muy amenudo hago esta experiencia. Provisto de mi «esguilero» (un ratel con mango, que sirve para coger las esguilas ó esquilas, camarones grandes que se acercan mucho al tamaño de los langostinos), trepo por las rocas en busca de un pozo ó de un remanso convenientes, y una vez encontrado, hurgo á la Naturaleza para que ella presente ante mi alguno de sus cuadros siempre bellos.

Las paredes y el fondo del escenario son un jardín frondoso en que se agrupan y mezclan por lo común especies variadas de vegetales marinos, tan ricos en colores—á veces más—que los terrestres. Los hay, sin embargo, ó ambiciosos ó poco sociables, que si penetran en un sitio destierran pronto á los demás. La cueva de que ya os he hablado en otra ocasión, está casi enteramente tapizada de una alguita microscópica de color de carmin vivísimo. El efecto es como si hubiesen vertido sobre las piedras del suelo y, en parte, sobre las paredes, un frasco de pintura. Otro sitio hay en que predomina una de las especies más graciosas y elegantes que he visto. Es de tallos y hojas muy delgados, color de canela obscuro, que en el extremo superior se trueca en azul ligeramente amorado. Sólo hay una alga que me sea antipática, y es de las más frecuentes. Su color amarillo sucio y sus carnosos tallos, que al tacto parecen de cauchú, me crispan los nervios. Cuando esa especie invade una roca, en la marea baja deja caer sus brazos muy juntos, como un cortinaje que en vano os esforzárais por levantar.

Pero vuelvo á mi experiencia. Hundo el esguilero en el agua y, siguiendo el consejo de los pescadores prácticos, silbo lo más melódicamente que sé. Al principio, todo está tranquilo. Poco á poco, silenciosamente, van saliendo de sus escondrijos las esguilas. Avanzan sin producir el menor movimiento aparente en el agua. Unas son negruzcas, moteadas de un vivo color ana-



ranjado; otras, ligeramente rojizas y transparentes. Aunque todas desean el cebo, la individualidad de cada una se manifiesta al instante. Las hay que avanzan sin vacilar, derechas hacia la sardina que cuelga en el centro del esguilero. Un salto brusco hacia atrás, indica que arrancan algo de cebo. Pero las hay también que lo piensan mucho antes de ceder al engaño: deben ser de la raza de los gorriones del cuento. Bordean el aro del ratel, retroceden, vuélvense de espaldas, buzan, se elevan de nuevo, y algunas se marchan para no volver. Su pesca me interesa; pero más todavía lo que en el pozo ocurre entretanto.

Mi silbido y el olor del cebo han puesto en conmoción todo el mundo de seres vivos allí encerrados. Si hay algún pulpo, es seguro que intentará apresar la sardina. También salen los *pisapos*, que parecen piedras dotadas de vida, y con ellos algún pececín de formas y colores caprichosos. Hace dos días que parece perseguirme uno, sumamente escamón. Debe haber adivinado que me interesa y que aspiro á cojerlo, aunque solo con ánimo de mirarlo de cerca y detenidamente. Es alargado, con una especie de cordones de puas que defienden su cuerpo y alternan con listas de un dorado brillante. Se mantiene á muy honesta distancia de mi red. He de contentarme con verlo de lejos.

Pero no es todavía el lo que más me seduce, alrededor de mi esguilero. Lo más curioso es que á los pocos minutos de haber calado la red en el agua, se produce una corriente imperceptible en sí misma y perfectamente clara en sus efectos. El ratel es centro de ella, y á su impulso acuden, no sólo los animales, sino los vegetales. Si no supiera bien á qué atenerme respecto de éstos, diría que apetecen la sardina que llevo por carnaza. Los más próximos, meten sus ramos dentro del ratel; los otros se alargan como si quisieran alcanzarlo;

y si hay algún trozo suelto, es indudable que irá á parar al fondo de la redecilla. Confieso que no me explico este fenómeno, que se repite cuantas veces hago la experiencia y, por de contado, manteniendo completamente inmóvil el esguilero. ¿Qué extraño soplo de vida agita á todos aquellos seres? ¿Es el instinto alimenticio quien los excita? ¿Es la curiosidad ante un objeto nuevo, que, de pronto, invade su mundo? ¿Es la música de mi silbido? ¿Quizá es producida la misteriosa corriente por el temblorcillo ligerísimo de mis nervios, que al través del esguilero se comunica al agua? No sé; pero el espectáculo me atrae y me interesa siempre, por su rareza, por el silencio y reposo con que se ejecuta, sin que se note en el agua la menor ondulación.

El cuadro suele tener fin con la intervención de una estrella de mar. El vulgo, considera á estos animales como estacionarios, pegados á su roca, pescadores en acecho de lo que pasa á su alcance. No es así. En cuanto advierten la presencia del cebo, empiezan á soltar sus radios. Suavemente, avanzan de piedra en piedra, pero sin vacilar en punto á la dirección; y necesito cambiar de sitio el ratel, para que no vengán á cogerse en sus mallas. Pero no les arredra el fracaso. Vuelven á emprender su peregrinación, incansables, esperando siempre mejor fortuna. Las actinias también querrian seguir al esguilero. Lo noto en la fuerza con que alargan sus bracitos, de tacto áspero y suave aspecto.

A poco de levantar el ratel, el pozo entero cae nuevamente en la inmovilidad, de que sólo ha de sacarle la subida de la marea.



## III

## POESÍA

El entusiasmo estético es como la convicción ideal: empieza siendo una pura adherencia exterior, causada por la fuerza sugestiva de las opiniones que oímos pregonar en nuestro medio, ó de las que formulan aquellas personas á quienes atribuimos autoridad singular en determinados asuntos. Durante años, á veces, padecemos el error de creer que nos entusiasmos por cuenta propia, que *sentimos* la belleza del libro, del paisaje, de la estatua tal ó cual; pero, realmente, no hacemos más que repetir juicios oídos, que reflejar impresiones ajenas. Hombres hay que nunca salen de ese estado y no llegan á gozar personalmente, de un modo íntimo, con las cosas que dicen gustarles. Esos son los que viven siervos de su Baedeker, del *cicerone* que la casualidad les procura, ó del *maestro* que encuentran y proclaman á cada paso. Otros—no sé si la mayoría ó la minoría,—van poco á poco sustituyendo su iniciativa propia al pegadizo espiritual que durante algún tiempo, les produjo la ilusión de ser cosa suya, y acaban de sentir verdaderamente, como salida de sus entrañas, la emoción estética que sólo engañosamente poseyeron hasta entonces. Los que han experimentado ese cambio, saben bien cuanta diferencia hay entre admirar por cuenta propia, y admirar por cuenta ajena. Las mismas obras de arte, los mismos panoramas cuya belleza afirmábamos antes, nos aparecen de otro modo, á otra luz, y comprendemos que sólo entonces produ-

cen en nuestra alma el chispazo de la emoción. Cuando llega ese momento, podemos comprender la poesía de las cosas y hablar de ella. Antes, somos, como diría Richter, reflejos de los reflejos de luz que otros nos envían, y nuestras ideas son «imágenes de imágenes.»

Muchas veces hago estas reflexiones en mis paseos solitarios por la costa cantábrica. ¿Habrá nada tan cantado, entre los elementos de la Naturaleza, como el mar? Todos los hombres, aun los que no lo han visto, hablan de su hermosura, de su grandeza, de sus terribles sublimidades, y llevan el espíritu preparado á entusiasmarse con él desde el primer momento, en una verdadera anticipación de impresiones. Y sin embargo ¡cuánto se tarda en sentir su poesía, en verla por nosotros mismos á cada paso y hasta en los más pequeños detalles! ¡Cuánto tarda en penetrarnos la belleza real de la masa, de sus movimientos constantemente variados, de los mil accidentes que encierra y que, cada uno, es fuente inagotable de goces poéticos! Solo cuando hemos llegado á admirar las cosas en que el vulgo no se fija, las que no corren como tópicos de boca en boca, y sabemos descubrir diariamente nuevos mundos de belleza, sintiéndola hasta en aquello que parece á los demás prosáico, sólo entonces poseemos la aptitud verdadera para que nazca en nosotros el entusiasmo real, consciente, nuestro, hacia los grandes espectáculos de que la humanidad habla, siglos hace, por herencia de frases recibidas y no de sentimientos vividos.

\*  
\*  
\*

Hoy, á las dos y media de la madrugada, han llamado á mi puerta. Esperaba el llamamiento y me he vestido rápidamente, tras un breve tocado. He salido, camino de la ribera, La noche es oscura. Sólo lucen, reflejándose en el agua, dos ó tres lámparas eléctricas



que indican, en la ribera opuesta, el sitio de la aldea fronteriza. Tanteando el suelo con los piés, bajo por la marisma que está al descubierto y llego donde me aguardan los amigos. En la oscuridad, blanquea débilmente la lancha en que montaremos. Suenan ruidos de cadenas, el golpe metálico de un tolete que alguien asegura, el chapoteo de un remo que se hunde en el agua. El puerto parece dormir; y sin embargo, es seguro que los vigilantes ojos de algunos marineros escudriñan las tinieblas para averiguar qué ocurre y nos conocen y saben lo que hacemos.

Poco á poco, se acomodan en la lancha armas, provisiones, artes de pesca. No han traído farol y nos alumbramos con fósforos para algunas cosas. Ya estamos. Los remeros comienzan su faena y ligeramente nos deslizamos sobre el río, camino de la barra. Pasamos junto á grandes bultos que, de pronto, surgen á nuestra derecha ó á nuestra izquierda. Son los vapores que aguardan carga, la grua fondeada en medio del canal, los remolcadores, parados y silenciosos ahora. Una inquietud indefinible nos agita. La noche, el presentimiento del amanecer próximo, el anhelo de las impresiones que vamos á buscar, obran sobre nosotros. Juntase bien pronto á todo esto, la voz del mar, que choca contra la escollera con bramido imponente. Familiarizados con él, no nos sobrecoge; y sin embargo, encontramos en ese ruido algo nuevo, misterioso, que difiere de lo que nos dice cuando el sol luce en el horizonte. Pasamos la escollera, viramos, y ya sólo hay á nuestra vista agua, que ondula con suavidad, y á un lado, la línea brumosa de la playa. De vez en cuando, el patrón rectifica la marcha, ordenando al que hace de timonel que se abra más ó que se incline hacia la costa; y el golpe acompasado de los remos sirve de acompañamiento rítmico, á nuestros diálogos breves, cortados. Nos gusta más callar y sentir la extraña poesía de aquella

hora. Lentamente, las tinieblas se aclaran; vemos mejor la tierra vecina, á la derecha; pero al frente, todo es oscuro.

—Tenemos niebla y aumentará al ser de día—dice uno.

—No lo creo, contesta el patrón.

Pasa tiempo. Por la proa comienza á señalarse, envuelta en bruma, una masa que parece enorme. Es la isla hacia la cual nos dirigimos. El mar se ilumina, más claro que el cielo cubierto de nubes. La isla se dibuja cada vez más y, en cambio, por la popa, el horizonte se envuelve en tinieblas. Los remeros aprietan. Empezamos á oír las rompientes y lo blanco de su espuma mancha, á lo lejos, el azul verdoso del agua. Media hora más y, doblando una punta, entramos en una ensenada tranquila, en cuyo fondo se hiergue el pico más alto de la isla. Roncos gritos, voces salvajes y chillonas, nos saludan: son las gaviotas que despiertan y que salen de todos los huecos de la roca. Lo desconocido, se abre ante nosotros.

\*  
\* \*

Salvo los remeros, ninguno conocemos la Deva. Nos han hablado de dificultades grandes para desembarcar, de caza abundante, de sitios especiales para la pesca, de cuevas que la mar deja al descubierto y que son ricas en mariscos. ¿Qué habrá de verdadero en todos estos anuncios? Su comprobación es ya un aliciente para nosotros, por que trae consigo el placer de la busca, de la sorpresa, de la novedad. Por de pronto, desembarcamos con leves mojaduras, sobre unas peñas cubiertas de percebes y mejillones. Apenas llegan á tierra, los cazadores, impacientes por aprovechar la madrugada, comienzan á escalar el imponente montón de piedras desprendidas de lo alto, que cubre la ladera



y hace penosa la subida. Los que vamos de pesca, aguardamos á que claree más; y mientras, subimos las provisiones á un sitio seguro, que la pleamar no ha de cubrir. Luego, nos tumbamos, silenciosos, por que los cazadores, que andan cerca, nos han recomendado el silencio; ellos han desaparecido tras de las rocas. En lo alto, se ve la entrada de una hendidura muy grande. ¿Es una cueva? ¿Es un pasadizo que conduce al lado Norte de la isla? No lo sabemos; y esta ignorancia, aumenta la poesía aventurera que nos llena el alma. Como era de esperar, uno de nosotros recuerda á Julio Verne. Yo prefiero olvidar autores y entregarme á la franca observación de la realidad.

De pronto suena un tiro. Suena de un modo raro, que, en parte, semeja al estruendo de un derrumbamiento de piedras y, en parte, al choque furioso de algo metálico contra la roca. Luego, nada. El silencio vuelve, cruzado por el chillar de las gaviotas. Amanece, pero no vemos salir el sol. Continúan las nubes en lo alto, la niebla sobre la costa, que se halla vecina. A ras del agua, vuelan algunos patos salvajes, negros ó de vivos colores. Se zambullen, vuelven á salir, siempre atentos al menor ruido.

Llamamos al patrón, que se ha quedado en la lancha, para que nos lleve á sitio en que coger camarones, destinados á cebo de pesca. Lentamente, damos vuelta á la isla, contemplando sus recortaduras, que forman ensenadas llenas de misterio; sus acantilados de caliza oscurecida por los vientos y las olas; sus abruptas laderas que cubre un monte bajo de helechos, de coles silvestres y de gramíneas. Los cazadores también han dado la vuelta y sus tiros suenan ahora frecuentes, en varios puntos. De vez en cuando, los vemos, ya destacando la figura sobre la arista de los picos, ya moviéndose por entre la maleza. Nos remontamos mar adentro y cruzamos ante dos lanchas fondeadas, que pes-

can. Una de ellas saca, á nuestra vista, un centollo y una langosta. El centollo sube, cogido á la carnada del anzuelo, braceando agitadamente, y nos produce el efecto de una araña gigantesca colgada de las nubes por un hilo que no alcanzamos á ver. Hacia Levante, la costa sigue, indecisa, señalando apenas la masa de sus cabos. De repente, vemos surgir de la niebla un vapor que parece navegar por el aire. Se le ve confusamente, sin detalle alguno; pero el patrón, acostumbrado á las visiones marinas, dice al punto:

—Es el «Antonio».

Y es el «Antonio», efectivamente. Pasa por nuestro lado, rapidísimo, silencioso, y se vuelve á hundir en la bruma por el Oeste. La calma majestuosa del mar nos causa un efecto sedante, un deseo de adormecernos y reposar en aquel sitio tranquilo y solitario. Fondeamos; y durante más de una hora, nos mecen nuevamente las amplias, suavísimas ondulaciones del agua.

\* \* \*

Volvemos á la isla. Los cazadores aun siguen por las alturas, y nosotros nos decidimos á subir también, para buscarlos. El hambre nos aprieta. Como desconocemos el terreno, nos dirigimos ante todo á la cueva donde les vimos entrar ó donde nos pareció que entraban, á primera hora. No es un pasadizo que comunica con el otro lado; es una concavidad honda, oscura, cuyo techo forman los estratos superpuestos, buizando al Norte, de la caliza pizarrosa, oxidada por el aire y ennegrecida por el agua. Nos paramos un momento, y allá en el fondo vemos correr dos conejos, las orejas tiesas, el ojo avizor. Retrocedemos algo en busca de un sendero y lo hallamos al fin, muy pendiente pero seguro, que da vuelta á la roca y nos lleva á la vertiente de Levante, más rápida aún que la del Sur,



La ascensión es penosa. Ya en lo alto, mirando al Norte, voceamos á coro. Nos contestan los cazadores, y poco ó poco van llegando, gozosos, cargados de conejos muertos y de huevos de aves marinas. La caza ha sido abundante.

Bajamos otra vez; y á la entrada de la cueva, en una breve planicie, nos instalamos para comer. Estalla la alegría, luce el ingenio, se cuentan proezas exageradas. Los idiomas regionales nos suben á los labios, y quien habla vascuence, quien valenciano, quien bable. Y cuando se distribuye el café, que hemos calentado con leña, el sol, rompiendo al fin las nubes, lanza sobre nosotros su luz dorada, que cabrillea en el mar y anima todas las cosas.

Las horas de poesía han terminado. Hay que embarcar de nuevo y volver al punto de partida. La marejada va en aumento. Azota duramente las peñas, restalla en los picos, suena de un modo alarmante al sumirse en las oquedades de la costa, por entre los cantos rodados de un amarillo verdoso muy singular. El reembarco tiene sus peripecias dramáticas. La lancha avanza y retrocede, guiada por el patrón, para recogerlos uno á uno y no ser destrozada por los golpes de mar. Hay mojaduras, caídas, contusiones; pero la alegría domina, y cada peripecia se acoge con risas nuevas. Al salir de la ensenada, buscamos el viento, y la vela sube, se ahueca y nos empuja velozmente camino del puerto. Luce el azul del cielo y el sol brilla, triunfante, señalando el medio día. . . . .

## IV

## EL BOHEMIO

La ópera de Puccini y las traducciones de Murger, han vuelto á poner de moda el tipo de la bohemia, que hizo las delicias de las generaciones románticas á mediados del siglo XIX. Durante mucho tiempo y á impulsos del realismo, del naturalismo y de las escuelas que de ellos derivaron,—incluso por reacción,—la bohemia cayó, más que en olvido, en menoscipio de las gentes; pero ella se vengaba introduciéndose en la vida de los mismos que, pluma en ristre, pretendían representar un tipo enteramente distinto. La tradicional *burguesía* de Zola era una excepción, aún en pleno naturalismo. Muchos de los literatos de las generaciones modernas han vivido y viven como Schaunard y Rodolfo, aunque hayan escrito y escriban como Flaubert. El mismo Balzac, en quien señalan los críticos el tronco de la novela realista, era (aparte su romanticismo literario de buena cepa) un verdadero bohemio en su vida privada. Y es que la bohemia responde á notas hoy por hoy fundamentales en la psicología humana y que se repiten constantemente. Ya en otra ocasión he hecho notar cuánto hay de esto en los personajes de Gorki y en Gorki mismo.

Dejando aparte el sentimentalismo—que es la parte falsa, imaginativa, de este tipo,—hay en él una nota para mi sumamente simpática, y es la de su valentía ante los azares del vivir. El bohemio no es previsor, y esto, sin duda, constituye un defecto; pero no se arredra ante la inseguridad del mañana, y jamás deja de